

Oigamos ahora el comentario que ha hecho él mismo de un acto que la conciencia humana ha condenado como un crimen: *Era preciso no tener MAÑA, dice, ó ser COMPLETAMENTE ESTÚPIDO para no aprovechar OCASIÓN TAN VENTAJOSA. Cogí, pues, por los cabellos la ocasión que se presentaba, y á fuerza de negociaciones y de INTRIGAS, conseguí indemnizar á nuestra monarquía de sus pasadas pérdidas, incorporando la Prusia polaca con mis antiguas provincias.* Por fin suelta la palabra verdadera: los temores de una guerra general no fueron más que un pretexto; la razón verdadera es el afán de extenderse, la *ocasión* propicia, única divinidad cuyas inspiraciones escuchan los reyes. Después de consumado el reparto, Federico se felicitó de que todo hubiese salido tan bien: *Es, dice, el primer ejemplo que ofrece la historia de un reparto arreglado y llevada á cabo PACÍFICAMENTE entre tres potencias. Sin las circunstancias en que entonces se hallaba la Europa, los más hábiles políticos hubieran fracasado: todo depende de las OCASIONES y del momento en que se hacen las cosas* (1). Es preciso, además, oír al gran rey, en la intimidad de la correspondencia, escribiendo á un filósofo. Léese en una carta dirigida á Voltaire en 1779: *Cuando se pueden reunir dominios separados para hacer un todo de sus posesiones, no conozco mortal que no trabajase con GUSTO en ello.* De suerte que Federico experimentó una dulce satisfacción. Lejos de sentir remordimientos en su conciencia, declara, no solamente haber TRABAJADO mucho, sino también haberlo hecho con GUSTO. Está tan contento, que se abandona á su genio burlón; ¡se chancoea en presencia del cadáver de su víctima! *Nótese, dice á Voltaire, que este asunto se ha llevado á cabo sin efusión de sangre, y que los enciclopedistas no podrán declamar contra los bandidos mercenarios. Un poco de tinta y una pluma lo han hecho todo* (2).

¿Qué dirán los admiradores de Federico el único de esta tranquilidad, de esta serenidad de alma, antes, durante y después del crimen? Porque es un crimen. Si algún día se redacta un código de derecho internacional, á la muerte de los pueblos se aplicará la misma pena que al asesinato. Verdad es, y esta es la única excusa que puede alegarse en favor de los culpables, que en el si-

(1) FEDERICO II, *Memorias desde la paz de 1763*, Prefacio, páginas 7 y 47.

(2) *Carta del 22 de Noviembre de 1772* (Obras, t. XXIII, p. 222).

glo XVIII los pueblos no eran todavía considerados sino como rebaños; se los apreciaba por el número de almas y de leguas cuadradas que ocupaban. Sin embargo, la conciencia pública empezaba á despertarse. Hubo un príncipe pródigamente dotado por la naturaleza que, antes de subir al trono, sintió necesidad de escribir una refutación de Maquiavelo; allí condenaba la ambición, el afán de engrandecerse; clamaba, sobre todo, indignado contra la duplicidad y la mala fe de la diplomacia. Este mismo príncipe fué uno de los repartidores de la Polonia. Por eso es más culpable que sus cómplices. ¡Si al menos hubiera caminado con la frente erguida, dando á conocer su objeto y la parte que tomó en un atentado de que se felicitaba en sus escritos y en su correspondencia! Pero, ¡no! El que se vanagloriaba de no haber engañado jamás á nadie, quiso engañar á la posteridad. Voltaire le escribió que se decía que era él quien había imaginado el reparto de Polonia; el ilustre escritor añade que lo cree porque revela genio, y porque el tratado se ha hecho en Potsdam. ¿Qué responde Federico? Su respuesta sería digna de un discípulo de Loyola: *No conoce tratado firmado en POTSDAM; el tratado de reparto ha sido hecho en SAN PETERSBURGO.* Hé aquí una insinuación bastante clara. No basta esto al autor del *Anti-Maquiavelo*; desea sincerarse completamente á los ojos del filósofo francés: *Así, dice, el público, engañado por los periodistas, atribuye muchas veces á las gentes cosas EN QUE NO HAN TOMADO LA MENOR PARTICIPACIÓN* (1). ¡Compárense los actos de Federico con sus palabras, y júzguese de la moralidad del gran rey!

Como último recurso, los escritores alemanes, partidarios apasionados de la unidad alemana, han invocado para justificar el reparto, ¡quién lo hubiera creído!, el principio de nacionalidad. Ya Federico II había dicho que no había más que recobrar las provincias que los Polacos habían conquistado á los duques de Prusia. Eran, pues, provincias de origen alemán que volvían á la patria común (2). Los Polacos tendrían mucho que responder á esta justificación: podrían decir que la Prusia polaca había llegado á ser esclava, de la

(1) FEDERICO II, *Carta á Voltaire de 16 de Diciembre de 1772* (Obras, t. XXIII, p. 288).

(2) *Staatslewikon*, de ROTTRICK y WELKER, Suplemento, t. III, página 163.

misma manera que las provincias del Rhin, otro tiempo galas, se habían convertido en alemanas. ¿Qué dirían los partidarios de la unidad alemana, si Francia llegaba á reivindicar el territorio de la Galia antigua? Estas reivindicaciones tienen un término. Después de todo, la unidad de raza no justifica la ocupación violenta de la Polonia. ¿Qué diría Alemania, repetimos, qué diría Europa si Francia ocupase violentamente la Bélgica y la Suiza francesa, fundándose en la comunidad de origen, de lengua y de costumbres? Cuando se verifican semejantes reuniones por el consentimiento libre de los pueblos, nada más legítimo; cuando se hacen por medio de la violencia, la fuerza las vicia, porque nunca el fin puede justificar los medios. Si acontecía que el vicio de la violencia se borra con el transcurso del tiempo, podrá resultar una justa posesión; pero el título le constituirá el asentimiento de las poblaciones y no el hecho brutal de la fuerza.

III

Federico es un incrédulo, Catalina es peor aún que un ateo. Lógicamente no se puede pedir el sentimiento de lo justo á los que no conocen más Dios que la *ocasión*, es decir, la fortuna, la casualidad. Con un poco de indulgencia, después de censurarlos es preciso compadecerlos. Pero hay una princesa piadosa, y su piedad es sincera. ¿Qué satisfacción causaría ver á la religión inspirando mejores sentimientos que los que producen la incredulidad y el ateísmo! La verdad nos obliga á decir que la influencia del cristianismo sobre los príncipes en el siglo XVIII es nula. Nos engañamos. Siendo la religión que profesan la condenación manifiesta de sus acciones, se ven precisados á disimular, para armonizar, al menos en apariencia, su política con su creencia. Hé aquí cómo la hipocresía llegó á ser una necesidad de su posición. Ahora bien, la hipocresía no adorna, que nosotros sepamos, al maquiavelismo, del cual es pariente muy próximo. Por nuestra parte, preferimos la actitud audaz de Catalina II á las lágrimas afectadas que vertió María Teresa por la muerte de Polonia.

Empecemos por establecer los hechos. Los archivos austriacos no se han abierto aún á la ciencia; tenemos, pues, que contentarnos con lo que

nos dice Federico. Sabemos que la ocupación de Zips y de algunos señoríos adyacentes dió al rey de Prusia pretexto para el tratado de reparto que hizo con la Rusia. ¿Había habido ya negociaciones con la corte de Viena? Lo ignoramos. Á las primeras proposiciones oficiales de Federico, María Teresa alegó las dificultades de la ejecución, dificultades tales que era casi imposible establecer una igualdad perfecta entre las partes correspondientes á las tres potencias. Ni una palabra en favor del derecho, ni una reserva, ni una protesta. La dificultad presentada por el Austria implicaba, por el contrario, un consentimiento del reparto; no quedaba más que entenderse sobre las partes. Era uno de esos escrúpulos, si escrúpulo había, como los que sienten á veces los Cartouche y compañía. Federico no se apuró por esta aparente resistencia: conocía, dice, un medio muy sencillo de vencerla; era ofrecer á la corte de Viena la orilla del Estado de Venecia que corta las posesiones austriacas de Trieste (1). El medio es digno de los repartidores de la Polonia. ¡Para excitar á un primer reparto se proponía otro!

Por mala opinión que tuviese Federico de la corte de Viena, se había engañado. La resistencia de la emperatriz-reina no era más que fingida; accedió al tratado, "á fin, dice, de conservar por medio de este reparto un equilibrio entre las tres potencias". Recordamos que Federico había invocado el *equilibrio* después que los Austriacos se habían apoderado de una parte de la Polonia. Hé aquí que ahora el Austria invoca á su vez el *equilibrio* para consumir el reparto. ¿Qué comedia! ¿Qué entendía por *equilibrio* María Teresa? En el acta de accesión lo dice: una igualdad perfecta en el reparto. Cuando se trató de arreglar las partes, la emperatriz-reina olvidó el *equilibrio* y la *igualdad*, y pidió simplemente la tercera parte de la Polonia. Esta porción pareció exorbitante en Berlín y enorme en San Petersburgo. Federico nos lo dice (2). El rey de Prusia ignoraba todavía que Sus Majestades Imperiales eran otros Gargantuas. El embajador de Rusia en Viena escribe á su corte: "El ministerio ha cambiado completamente de sistema, y lejos de querer oponerse ya á nuestras miras, no desea más que entenderse en todo con nos-

(1) FEDERICO II, *Memorias de 1763 á 1775* (Obras, t. VI, página 37).

(2) *Memorias de 1763 á 1775*, p. 44 y 45.

otros y el rey de Prusia., Á continuación viene un precioso testimonio de esta buena inteligencia: «El príncipe de Kaunitz me ha dado á entender que creía que no habría escapado á la penetración de Vucencia que, al adoptar el sistema de reparto, con el objeto de no turbar el equilibrio de los Estados, no era tal vez necesario circunscribirse únicamente á la Polonia; que en el caso que ésta no diese bastante tela para hacer un reparto igual entre las tres cortes, habría medios para quitar algún terreno á cualquier otro que tuviese de sobra, es decir, añade el diplomático ruso, *al imperio turco*, (1). Hemos admirado el desparpajo de Federico, que, para inclinar al Austria al reparto, quería darle un jirón de la república de Venecia. ¿Qué diremos del príncipe de Kaunitz? Tanto se ha aficionado al reparto, que quiere repartir el imperio otomano, siempre por amor al equilibrio.

Tales son los hechos. Revelan una avidez digna de la reputación de los Hapsburgos. Sin embargo, si hemos de creer á María Teresa y á su ministro, el Austria no cedió más que á una especie de violencia moral. María Teresa escribió por su propia mano sobre el proyecto de reparto: «Aprobado, puesto que lo quieren tantos hombres eminentes. Pero cuando yo ya no exista se verán los resultados de la violación de todo lo que era considerado hasta aquí como justo y sagrado», (2). Hé ahí nobles palabras que parecen bien sentidas. Si María Teresa se hubiera limitado á esa dolorosa protesta, se habría podido creer que, aunque firmaba el acta fatal, la reprobaba. El lujo, la ostentación de su dolor nos la hace sospechosa. Citemos, en primer lugar, una carta de la emperatriz-reina al príncipe de Kaunitz: «Cuando todos mis Estados estaban invadidos y yo no sabía dónde retirarme para dar á luz al hijo que llevaba en mi seno, me apoyé en mi derecho y en la protección de Dios. Pero en este asunto de Polonia, el derecho clama contra nosotros, la equidad y la razón están en contra nuestra. Jamás he sufrido tales tormentos; tengo vergüenza de que me vean. ¡Qué ejemplo damos al mundo! ¡Por un miserable pedazo de tierra sacrificamos nuestra honra y nuestra reputación! Pero veo que nadie opina como yo, y ya no tengo mi antiguo vigor. Por esto dejo marchar las cosas

(1) *Memorias y actas concernientes al reparto de la Polonia*, por el barón GOEBTZ, p. 176, 180.

(2) *Zeitgenossen*, t. XI, p. 29.

como van, pero no sin que me afecten profundamente», (1). El recuerdo que hace María Teresa de los tiempos en que, atacada por toda la Europa, salió victoriosa de una lucha desigual, gracias á su buen derecho y al apoyo de Dios es tan verdadero, que parece imposible sea una farsa. Sin embargo, cuando se comparan las palabras de la emperatriz con sus actos, es difícil no creer en un disimulo llevado hasta un punto que merecería un nombre más severo. ¿No era el Austria la primera que había ocupado una parte de la Polonia? ¿Quién la obligaba á ello? ¡Luego prefería más aquel miserable pedazo de tierra que su honor! ¡Cuando se procedió al reparto, la corte de Viena pidió la tercera parte de Polonia y propuso desmembrar á la Turquía! ¿Quién, repetimos, la obligaba? ¿Por qué no se abstenia? Podía haber hecho más, podía haber salido á la defensa de los desgraciados Polacos, haber apelado á Francia, su íntima aliada. No hizo nada de esto; muy al contrario, ocultó cuidadosamente las negociaciones á la corte de Versalles. ¿Cómo conciliar esta ávida codicia con el dolor manifestado por María Teresa? La contradicción es completa; en vano buscamos una explicación que pueda salvar el honor de la piadosa emperatriz. Oigamos además las lamentaciones públicas que acostumbraba á hacer, y el lector juzgará.

El reparto estaba ya consumado cuando el barón de Breteuil llegó á Viena como embajador de Francia (2). Desde sus primeras entrevistas con Sus Majestades Imperiales, José II descubrió el secreto de la política austriaca, que, por otra parte, no era tal secreto más que para aquellos que no querían ver claro: «Le parecía, dice, que todo hombre debía querer y pensar siempre en aumentar su hacienda.» Hé aquí la moral de la Casa de Austria. La emperatriz tenía empeño, sin embargo, en justificarse á los ojos de la corte de Versalles de la conducta más que dudosa que había seguido en el asunto del reparto. Después de varios razonamientos embrollados, dice el diplomático francés, viendo que Mr. de Breteuil no le ayudaba, exclamó con el acento del dolor: «Yo sé que he echado una gran mancha sobre mi reinado con lo que acaba de hacerse en Polonia, pero os aseguro que me lo per-

(1) HORMAYER, *Taschenbuch*, 1831, p. 66.

(2) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. VII, p. 125, 128.—DE SAIN-PRIEST, *El reparto de la Polonia* (*Revista de Ambos Mundos*, 1849, t. 14).

donarian si se supiese hasta qué punto me he resistido y cuántas circunstancias se han reunido para violentar mis principios, así como mis resoluciones, contra todas las miras inmoderadas de la injusta ambición rusa y prusiana.» En vano preguntamos cuáles son esas circunstancias que han arrancado el consentimiento de la piadosa reina. ¿Por qué no las ha explicado al embajador francés? En las numerosas conversaciones con él sobre este asunto no se habla nunca más que de la afición de la corte de Viena. La única razón política que hemos encontrado es que, no pudiendo impedir el reparto, el Austria se veía obligada por la fuerza de los acontecimientos á conformarse, *para conservar al menos el equilibrio europeo*. En verdad que esto parece una broma de mal género. ¡Austria sacrificándose por la Europa! ¡Y este sacrificio se traduce en un aumento de territorio! ¡Su abnegación no conocía límites! ¡Para conservar este querido equilibrio, la corte de Viena se resigna hasta á desmembrar la Turquía! ¿No podría decirse que el medio mejor de sacrificarse por el equilibrio europeo era coligarse con la Turquía y Francia para salvar la Polonia? Hubiese sido al mismo tiempo manifestarse agradecida hacia la república, que en otro tiempo había salvado al Austria.

La emperatriz nos dirá los esfuerzos heroicos que hizo para salvar á la Polonia: «Después de muchas reflexiones, dice á Mr. de Breteuil, no encontrando medio alguno para oponerme sola á la Rusia y á la Prusia, creí que formulando por mi parte pretensiones exorbitantes se me negarían y se rompería la negociación; pero grandes fueron mi sorpresa y mi dolor cuando recibí respuesta á mis peticiones y el completo consentimiento del rey de Prusia y de la czarina. Jamás me he visto tan afligida.» Nos parece que el diplomático francés, obligado de escuchar esas jeremiadas sin reirse, era tan digno de compasión como la emperatriz. Si un embajador pudiese decir lo que piensa, el barón de Breteuil hubiera dicho á María Teresa que era un medio singular de evitar el reparto pedir la tercera parte de Polonia y además el desmembramiento de la Turquía; cuánto más sencillo hubiera sido entenderse con los Borbones de Francia y de España. La historia tiene derecho para fulminar otra censura contra la piadosa emperatriz: María Teresa no dice la verdad. Sabemos que sus peticiones, lejos de ser bien acogidas en Berlín y

San Petersburgo, fueron calificadas de monstruosas. Tuvo que rebajar sus pretensiones y contentarse con lo que la designaron sus cómplices; lo que la emperatriz decía al embajador de Francia era, pues, una novela.

Después de haberse justificado á sí misma, María Teresa quiso justificar también al príncipe de Kaunitz: «Debo, dice, hacerle la justicia de que estaba tan afligido como yo; siempre se ha opuesto con todas sus fuerzas á este cruel arreglo. Debo confesaros también, dice á Mr. de Breteuil, que la conducta de Mr. Kaunitz en todo este asunto ha aumentado mi aprecio hacia este ministro, porque, después de haber resistido en cuanto ha dependido de él, y conociendo el descrédito que esto da á su ministerio, no ha dejado traslucir nada de su pena y ha consentido que la opinión pública le imputase todo lo que había desaprobado y combatido.» Eeto ya es demasiado. La emperatriz, en su extremado celo, olvidaba que el que quiere probar demasiado no prueba nada. Olvidaba que ella misma había escrito á su ministro que era la única que tenía esa opinión; luego el príncipe de Kaunitz debía ser favorable al reparto: figuraba entre aquellos hombres eminentes cuya opinión triunfó de las pretendidas repugnancias de María Teresa. Lo que la emperatriz decía no era, pues, verdad. ¿Qué pensó el embajador francés de esta farsa? «He escuchado, dice, todos estos detalles de penas sensibles de la emperatriz y de su ministro en el más perfecto silencio, y no le he roto más que para colocar algunas palabras vanales exigidas por la cortesía y el respeto.» ¡Ciertamente que es esta una de las escenas las más deliciosas de la diplomacia, la tierna simpatía de María Teresa hacia los disgustos de aquel pobre príncipe de Kaunitz! Sin embargo, tal es en las cortes la costumbre de la mentira, que aquel viejo zorro se atrevió á repetir en persona al barón de Breteuil lo que la emperatriz había dicho de su extremado dolor: «El ministro austriaco, dice el embajador francés, sin nombrarme jamás la Polonia, me ha llevado y paseado á través de cincuenta frases y tortuosos caminos, por todas las fases de su dolor respecto del concierto de las tres potencias para el reparto de Polonia; le he dejado hablar todo cuanto ha querido.» ¿A quién, pues, esperaba engañar? ¡A menos de creer que, á fuerza de repetir una mentira, iba á ser creída como si fuese una verdad!

Nuestra apreciación sobre el papel de María Teresa en el crimen del reparto parecerá demasiado severa. Creemos firmemente que la emperatriz tuvo escrúpulos y remordimientos. Hay explosiones de su dolor que excederían los límites de la hipocresía si no hubiera en ellas un sentimiento verdadero. Dijo un día al ministro de Suecia: "El asunto de Polonia me desespera.", Habiendo contestado el ministro que los soberanos no debían rendir cuenta más que a Dios, María Teresa se levantó precipitadamente y exclamó: "A él, pues, es a quien temo.", Pero ¡hay en el catolicismo tantos medios de entenderse con el cielo! La emperatriz se consoló, dice un escritor contemporáneo, pensando que los Polacos, católicos fervientes, estarían mejor bajo el régimen de una potencia católica que si hubieran caído bajo el yugo de un rey herético ó de una emperatriz cismática (1). Por nuestra parte, preferimos la incredulidad de Federico á una fe que sólo sirve para encubrir el crimen.

§ IV.—Las potencias occidentales.

Hay espíritus descontentadizos ó cegados por la preocupación que niegan el progreso de los sentimientos morales, y que dirían, como Horacio, que nosotros somos peores que nuestros padres, y que nuestros descendientes valdrán menos que nosotros. La historia desmiente en todas sus páginas tan falso concepto: demuestra que nuestra moralidad va mejorando lo mismo que nuestras ideas, que el hombre se perfecciona por completo y no en esta ó la otra facultad determinada. No conocemos prueba más patente de esta consoladora verdad que el crimen cometido respecto á Polonia. En el siglo XVIII pasó casi desapercibido; en el siglo XIX subleva la conciencia general. Este atentado fué posible y se llevó á cabo sin más resistencia que la de los heroicos Polacos, porque estaba en armonía con la política dominante de la monarquía. Puede afirmarse sin vacilar que hoy ese crimen sería imposible; ni aun los reyes concebirían ya ese pensamiento, ó si se les ocurría semejante veleidad, retrocederían ante la reprobación de la opinión pública, que contemplan y temen hasta los más poderosos.

En el siglo pasado, los pueblos no tenían aún

(1) DOHM, *Denkwürdigkeiten*, t. I, p. 438.

voz en los asuntos públicos; los reyes solos ocupaban la escena. ¿Qué dijeron los reyes del golpe de mano de las potencias del Norte? Federico II declara que tuvieron envidia (1). Ni uno solo pensó ni aun en hacer una de esas protestas que no cuestan nada á la diplomacia, y que, por muy vanas que parezcan, dejan á salvo al menos el porvenir, sosteniendo el derecho frente del hecho que lo viola, mucho menos aún se pensó en una tentativa para impedir el crimen. Nada más natural que los sentimientos que Federico atribuye á la Europa monárquica. No había príncipe en el siglo XVIII que no hubiese tomado parte en algún proyecto de reparto: ¿cómo habían de desaprobarnos los reyes lo que ellos á su vez habrían hecho si la ocasión les hubiera sido favorable? La única doctrina política que profesaban era la del equilibrio. Ahora bien, acabamos de oír á las tres potencias del Norte invocar el equilibrio para justificar el reparto. El equilibrio no ha sido nunca más que un pretexto ó una arma de guerra. Las potencias occidentales hubieran necesitado tener el sentimiento del derecho, de que carecían, para pensar en protestar contra el reparto de la Polonia.

En el siglo XIX, esta indiferencia general ha venido á ser objeto de graves acusaciones contra las dos potencias que hubieran debido salir á la defensa de una nación hollada por la fuerza. Unos acusan á Francia, otros á Inglaterra; hay quien dice que las dos potencias fueron igualmente culpables. Detengámonos un instante á examinar estas recriminaciones; no solamente sirven para esclarecer los hechos, sino que revelan un progreso en el sentimiento de la justicia que consignamos con gusto, para consolarnos de los abusos de la fuerza que manchan la historia de la monarquía. Oigamos primeramente á un hombre político que admira encontrar entre los defensores de Polonia. Se lee en un informe de Talleyrand al emperador, del 28 de Enero de 1807: "De todas las faltas del antiguo gobierno de la Francia, la más imperdonable, porque ha sido la más funesta, fué consentir, como lo hizo, con inconcebible imprevisión, el primer reparto de Polonia que tan fácilmente hubiera podido impedir. Sin este primer reparto, los otros dos no hubieran podido llevarse á

(1) FEDERICO II, *De lo que ha sucedido desde 1774* (Obras, t. VI, página 113).

cabo; la Polonia existiría todavía, su desaparición no hubiera dejado un vacío, y Europa hubiera evitado las sacudidas y las agitaciones que la han atormentado sin cesar en estos últimos diez años", (1). El ministro de relaciones exteriores no insiste más que en el interés político: este era su papel. Pero nosotros preguntaremos: ¿cómo es que, en el siglo XIX, un diplomático que no se distingue por la moralidad echa de ver tan claramente el interés que Europa tenía en la conservación de la Polonia, siendo así que en el siglo anterior no lo notaron los gabinetes? ¿Consistirá en que la conciencia, muda cuando el crimen se cometió, se ha despertado después y adquiere cada día nuevas fuerzas?

En 1763, el ministro de negocios extranjeros leyó una memoria en el consejo de Luis XV en que se preveía la eventualidad de un desmembramiento y se demostraba que aquel reparto no interesaba á la Francia (2). No debe, pues, admirarnos que la corte de Versalles recibiera impasible la noticia del atentado. Dicese, sin embargo, que Luis XV se avergonzó y que exclamó: "No hubiese yo recibido esta afrenta si Choiseul hubiera continuado aquí.", Se propuso, según se dice, invadir los Países Bajos; otros dicen que la Francia ofreció á Inglaterra coligarse contra las invasiones de las cortes del Norte. Sea de eso lo que fuere, estas veleidades de resistencia no dieron resultado alguno (3). Luis XV era hombre de buen sentido, pero tenía el corazón corrompido; la inercia, resultado de sus desórdenes, triunfó de su primera resolución.

El papel que Inglaterra desempeñó en el asunto del reparto fué tan nulo y más despreciable aún que el de Francia. Cuando las tres cortes coparticipes comunicaron su tratado al gabinete de Londres, Jorge III respondió: "El rey supone que las tres cortes están convencidas de la justicia de sus respectivas pretensiones, aunque Su Majestad no esté enterada de los motivos de su conducta", (4). Esto es peor que la indiferencia; es una aprobación del crimen. No se comprende cómo ministros ingleses han podido poner en boca de su rey seme-

jante respuesta. Había por medio un interés mercantil: la Inglaterra acababa de hacer con Rusia un tratado de comercio que la era muy ventajoso: la importaba más su negocio que la existencia de Polonia. Cuando su lucro se vió amenazado, volvió á encontrar su energía y su altanero lenguaje. Federico II quería que se le adjudicase Dantzig; la corte de Londres amenazó con una intervención si se molestaba su comercio en el Vístula. Hé aquí cómo el interés del momento cegó á los Ingleses acerca del peligro que amenazaba á toda la Europa, y, por consiguiente, hasta á su querido comercio, si la Rusia se apoderaba de Polonia.

Con razón acusan los publicistas ingleses á su gobierno de impericia y de traición: "Nada hubiera sido más fácil, dice *Mackintosh*, que impedir el reparto. No tuvo lugar súbitamente; se pasaron años en negociaciones acerca de las partes que habían de adjudicarse á las tres cortes; surgieron dificultades entre los coparticipes, como acostumbra á suceder entre bandidos que se disputan su presa. Cuando los bandidos riñen, las gentes honradas deben aprovecharse de su discordia. Inglaterra y Francia hubieran tenido en su favor á todos los príncipes, porque todos estaban igualmente amenazados por un atentado que entregaba la suerte de las naciones al imperio de la fuerza", (1). La historia no será nunca demasiado severa con un crimen tan odioso: debe condenar y reprobar la indiferencia ó el egoísmo que consiente el crimen, lo mismo que la audacia que le consume. El verdadero culpable no es Federico, ni Catalina, ni María Teresa, es la monarquía.

§ V.—Apreciación.

Según los católicos, hay otro culpable más, la filosofía. Oigamos al enemigo más fogoso de los libres pensadores: "Rusia, Prusia y Austria no fueron las únicas culpables en la muerte de Polonia; una cuarta potencia ha contribuido á ella con no menor crueldad y en cierto modo más odiosamente que las demás: la filosofía del siglo XVIII. Ha presentado el crimen, lo ha aconsejado y ha tomado parte en él. El hombre que la representó, que habló en su nombre, que estipuló en su nom-

(1) *Relaciones escogidas*, t. XIX, p. 340.

(2) SAINT-PRIEST, *El reparto de la Polonia* (Revista de Ambos Mundos, 1849, t. IV, p. 43).

(3) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. XVII, p. 203.—SCHÖELL, *Curso de historia*, t. XXXVIII, p. 156.

(4) RAUMER, *Beiträge*, t. IV, p. 501.

(1) *Edinburgh Review*, Selectiones, t. IV, p. 42.